

sario prescindir de mi primera idea, que fué la de exponer la doctrina católica punto por punto, para ocuparme de toda preferencia en lo que de pronto era mas indispensable. Pero habiendo concluido ya mis instrucciones acerca de la Iglesia, no hai embarazo ninguno para continuar y seguir hasta su conclusion, segun el órden mas conveniente, la exposicion de la doctrina católica.

2. En esta se hallan contenidos todos los dogmas de la religion, todos los preceptos de la lei, todas las máximas de la moral, todo lo conducente á conservar nuestra union con Dios en la tierra y á preparar nuestra bienaventuranza en el cielo: ciencia sublime, amados hijos, excelsa cuanto mas no cabe; porque despues de Dios no hai cosa mas grande que el conocimiento y la posesion de los medios de amarle y servirle en esta vida y de verle y gozarle en la otra. Por esto nuestro Señor Jesucristo fundó en la profesion de la fe los derechos á la bienaventuranza, y decidió que no se salvaria el que no creyese; y como para creer en la palabra divina es necesario conocerla, y para conocerla es necesario escucharla, instituyó la predicacion, eligiendo apóstoles que predicasen el Evangelio, mandándoles enseñar esta doctrina celestial á todas las naciones, prometiéndoles una asistencia constante hasta la consumacion de los siglos, y otorgándoles la facultad de darse sucesores, que son los obispos, para que el apostolado, que habia de conservar ileso y distribuir en abundancia el sacro depósito de su doctrina, nunca llegase á faltar de la tierra. *"Id, les dijo, instruid á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo: enseñándolas á observar todas las cosas que yo os he mandado: y estad ciertos que yo mismo permaneceré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos."* Math. Cap. XXVIII, vv. 19 y 20.

3. Fieles á este divino mandato, los apóstoles se extendieron por el mundo, llevando á todas partes la palabra evangélica, explicando á todos los pueblos la doctrina del Crucificado, y dilatando prodigiosamente por donde quiera el imperio santo de la Cruz. Primeros operarios evangélicos, no perdonaron medio alguno para el desempeño de su augusta mision. Sus trabajos difundieron la fe, extendieron el conocimiento de la lei, formaron las virtudes cristianas y afirmaron con sus palabras y sus ejemplos la religion y la moral en las na-

ciones. Ellos viven, amados hijos, en todos sus sucesores, que son los obispos de la cristiandad, no solamente por la sagrada ordenacion, que trasmite con el carácter el poder mas sublime que se conoce en la tierra, sino tambien por la permanencia de su accion, fielmente conservada en la Iglesia católica, la cual camina sin cesar por las huellas que dejaron estampadas los apóstoles.

4. Regenerar el entendimiento con la fe, reparar el edificio arruinado de la inocencia con la gracia, sostener las virtudes con los sacramentos, conservar en activo comercio á la tierra con el cielo mediante la oracion, y salvar á la humanidad por todos estos medios: tal ha sido el grande objeto de esta institucion que designamos con el nombre de *Iglesia*, cuyos miembros domiciliados en el reino de Cristo por medio del Bautismo, no son ya, para valernos de las palabras de San Pablo á los Efesios, unos huéspedes ó advenedizos, sino conciudadanos de los santos y domésticos de Dios, edificados sobre el cimiento de los Apóstoles y los Profetas, cuya piedra angular es Jesucristo. (Cap. II vv. 19 y 20).

5. La enseñanza de la doctrina católica, donde se contienen las verdades que debemos creer, la manifestacion de los bienes que debemos esperar, los preceptos divinos y eclesiásticos que deben servir á nuestra conducta de regla, la oracion que debemos dirigir á Dios para hacémosle propicio, y los santos sacramentos, que nos sanan y justifican por medio de la gracia, es incontestablemente lo mas importante que puede proponerse al hombre, siendo claro que á Dios se sirve con obras de fe, esperanza y caridad, objetos de la doctrina católica, y que, si no se sirve á Dios en esta vida, no se le ha de ver y gozar en la otra, sino al contrario, perderle para siempre y padecer las penas mas terribles por toda la eternidad.

6. No me detendré pues, amados hijos, á encareceros aquí la suma importancia de la doctrina, pues ninguno de vosotros ignora las relaciones íntimas que ella tiene con nuestra eterna felicidad. ¡Mas por qué causa, siendo tan generalmente conocida la importancia de la doctrina cristiana, se oye su predicacion con tan poco fruto, y se esteriliza con demasiada frecuencia en el alma! He aquí una cuestion, amados hijos, que debemos proponernos ante todo: porque, supuesto el convencimiento en que nos hallamos de la suprema ex-

elencia de esta doctrina y de sus relaciones con nuestra felicidad eterna, nada es tan importante como el conocer, para contrariarlas eficazmente, las causas mas comunes de que sea tan estéril para muchos cristianos. Fuertemente conmovido por esta idea, me propongo prevenir mis instrucciones con la manifestacion de las causas dichas y de los medios mas oportunos para contrariarlas, puntos que se dirigen á disponeros á todos del mejor modo posible, para escucharlas con aprovechamiento; y hablaros tambien del órden y método que en el curso de ellas me propongo seguir. Tal es el objeto de esta carta.

PRIMERA PARTE.

7. Jesucristo nuestro Señor nos ha dado en una sentencia, brevísima en verdad, pero insondablemente profunda, una idea cabal así de la mui alta importancia que en sí misma tiene la doctrina de salud que trajo á la tierra, como de las disposiciones con que debe ser escuchada, para que rinda los abundantes y preciosos frutos que de ella emanan. Elogiado por una mujer del pueblo con motivo de su predicacion en estos términos: "dichoso el vientre que te portó y los pechos que te alimentaron," la respondió de esta manera: "Bienaventurados los que oyen y guardan la palabra de Dios:" *Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.* El oír la palabra de Dios como palabra de Dios es adquirir la ciencia de todas las ciencias, la de la perfeccion y bienaventuranza; y el guardarla es dar á esta ciencia un carácter práctico, haciéndola servir de norma para la conducta, y un carácter provechoso, adquiriendo por su medio la bienaventuranza eterna. Pues bien, así como de nada le sirve al hombre hacerse dueño de todo el mundo, si pierde su alma, como lo enseñaba Jesucristo, del mismo modo nada puede importarle perder el mundo con cuanto tiene, si adquiere la perfeccion moral y la vida eterna: porque ésta, según el mismo Oráculo divino, debe ser el objeto de nuestra solicitud y el blanco de nuestros deseos y de nuestras acciones: "Buscad ante todo, decía, el reino de Dios y la justicia:" *quaerite primum regnum Dei et justitiam ejus.* (Math. Cap. VI, v. 33.)

8. Estas breves reflexiones bastarian, amados hijos, para sentir plenamente la importancia suma de la doctrina de la religion, pues que nadie se salva sino por ella, creida y guardada, y todo lo que no sea gozar de Dios eternamente no vale la pena de ocupar al hombre, ni merece otro título que el de vanidad, como se explicaba el Sabio: "Teme á Dios, decía, y guarda sus preceptos, porque esto es todo el hombre." Pero, á mayor abundamiento, y para que los fieles tuviesen un conocimiento cabal, no solo de la importancia de la doctrina, sino de las causas desgraciadas que la esterilizan, ya en el entendimiento ya en el corazon, el mismo Jesucristo Señor nuestro, se dignó ponernos de bulto, mediante una parábola bien significativa y á la luz de una explicacion la mas precisa y la mas clara, cuáles son los obstáculos que hemos de vencer para que su palabra no se esterilice, sino ántes bien, se haga fecunda en cada uno de nosotros: esta es la parábola del sembrador. Figura el Señor que salió éste y esparció por la tierra toda su semilla: nota que una parte de esta semilla cayó á un lado del camino, y allí fué trillada y devorada tambien por las aves del cielo; que otra parte de ella cayó en pedregales, y por consiguiente no pudo prender por falta de jugo; que otra parte de ella cayó entre las espinas, las cuales la cogieron entre sí, no permitiendo que germinase; y por último, que otra parte de ella cayó en una tierra buena, prendió allí y dió por cosecha ó fruto al sembrador el ciento por uno.

9. Tal es, amados hijos, la parábola de Jesucristo: Sus discípulos, altamente interesados en comprender su significado y atinar con su aplicacion, le preguntaron al Señor lo que queria decir aquella parábola. "La semilla, les dijo, es la palabra de Dios. Ahora "bien: la que cayó á un lado del camino, representa bien á los que "oyen, pero despues viene el diablo y arrebató la palabra de su cora- "zon, para que no se salven creyendo. La que cayó sobre la piedra, "representa á aquellos que reciben con gozo la palabra, pero sin que "ésta eche raíces en ellos, los cuales por lo mismo creen durante al- "gun tiempo, mas en viniendo la tentacion, se apartan de su fe. La "que cayó entre espinas, representa á aquellos que oyeron, pero ce- "diendo á las pasiones, deleites y codicia de las riquezas, la sofocan "é impiden que dé fruto. Mas la que cayó en buena tierra, es la imá-

“gen de aquellos que oyendo con su corazón bueno y excelente la divina palabra, la hacen fructificar con su paciencia.”

10. Hai pues, tres grandes peligros que evitar, á fin de que la palabra de Dios, cuando viene á nuestras almas, obre nuestra justificación, y no desaparezca del todo como sucede al que pierde la fe, ó permanezca infecunda y moralmente muerta para la virtud y la felicidad, como sucede al que, conservando la fe, no la representa en su conducta, sino mas bien la contradice con sus obras. ¿Cuál es el primero de estos peligros? La divagacion de la mente, esa especie de enfermedad, la mas terrible de todas; porque, no permitiendo al espíritu fijarse, abandona sus pensamientos al viento que pasa, por explicarme de esta suerte. Divagarse es lo mismo que andar fuera del camino, y en consecuencia correr todos los riesgos de un extravío. La palabra de Dios, cuando viene á un espíritu divagado, es lo mismo que la semilla que cae fuera del camino. Un espíritu divagado es un espíritu que no tiene precaucion, vigilancia ni cuidado alguno consigo mismo, y que por tanto, se halla expuesto de continuo á la sorpresa, al engaño y al trastorno mas absoluto. Ahora bien: el Apóstol San Pedro encarga la vigilancia para que no caigamos en las redes del demonio, el cual, como leon rugiente, anda dando vueltas al rededor de los cristianos en acecho de víctimas que devorar. ¿Cuál será, pues, la suerte de un espíritu divagado? La de esas almas infelices que vienen á ser presa del demonio. Por esto dice Jesucristo, aludiendo á la semilla que cae fuera del camino y representando en ella esa distraccion criminal con que muchos oyen la divina palabra, que despues viene el diablo, y se las arrebata del corazón para que no se salven por medio de la fe. ¿Qué precaucion emplear útilmente contra este primer peligro? Una, hermanos carísimos, y esta es precisamente la primera disposicion con que debe escucharse la palabra evangélica; penetrarse de lo que es esta palabra, reflexionar sobre su divino Autor, atender al objeto con que la hubo revelado é instituido, que es enseñarnos la ciencia de la salvacion, y escucharla con un espíritu verdaderamente cristiano, es decir, con un espíritu de fe que la oye como la palabra infalible de un Dios que no puede engañarse ni engañarnos, con un espíritu de abnegacion que humilla el entendimiento humano ante los augustos oráculos del Señor,

con un espíritu de solícitud que la busca, como el ciego la luz, como el caminante la senda, como el débil el apoyo que sostiene y fortifica.

11. El segundo mal que debe huirse como una causa del ningún fruto que sacan muchos de la predicacion evangélica, es la superficialidad con que se conserva la doctrina católica en el alma. Nada importa oír con gusto su explicacion, si no echa profundísimas raíces en el espíritu. La ciencia del cristiano resplandece tanto, se manifiesta con tales caracteres de perfeccion, es tan sublime y hermosa, que no puede ménos de producir en el alma un verdadero gozo; y por esto Jesucristo nuestro Señor, cuando usa de la palabra *pie*dra, no es para denotar la insensibilidad, pues ántes bien, supone que aquellos en quienes cae la palabra como semilla entre piedras, la reciben con gozo; (*cum gaudio*) sino la impenetrabilidad, que no permite á la semilla de la palabra divina echar hondas raíces en el alma. Sigamos, pues, amados hijos, todavía la comparacion. ¿Habéis visto esas plantas que suelen nacer en la piedra? Decidme pues: ¿qué se necesita para arrancarlas? un ligerísimo impulso: ¿Y sucede lo mismo con los encumbrados cedros ó los robustos robles? No: ellos resisten al embate de los vientos, burlan muchos esfuerzos, y aun cuando estos por ser superiores los derriban, quedan todavía las hondísimas raíces ramificadas en las entrañas de la tierra. ¿Qué precaucion pues, deberémos tomar contra el segundo peligro? Una muy segura, y esta es la segunda disposicion con que debemos asistir á la predicacion evangélica: escucharla con un espíritu de esperanza bien formada, es decir, con la persuacion íntima de que la doctrina que se nos enseña es precisamente la gran ciencia de nuestra suprema felicidad. Este convencimiento, unido con el deseo que todos tenemos de ser felices, y serlo no solo en esta vida sino tambien en la otra, dispone santamente al espíritu no solamente á oír con gusto, sino tambien á conservar con esmero, meditar con atencion y guardar con solícitud la palabra evangélica. Entónces esta divina semilla echa profundas raíces en el alma, y no solo prende, sino tambien crece y fructifica.

12. El tercer peligro que debemos evitar, el mas terrible de todos, aquel en que sucumbe frecuentemente la inocencia, aquel que ha hecho caer á los robustos cedros, es decir, á hombres doctísimos

en la doctrina, despues de una vida de estudio y meditacion, está representado, amados hijos, en las espinas de la parábola. ¿Qué espinas son estas? Jesucristo lo explica diciendo, que son las pasiones, los deleites y la codicia de las riquezas: porque todo esto opaca la mente, sofoca los gritos de la conciencia, tuerce la rectitud del sentido y no permite que la divina palabra dé fruto ninguno en el corazon del hombre. Contra este peligro no hai mas que una precaucion, y es el espíritu de caridad que nos hace fieles y solícitos en guardar los preceptos de la lei. Entónces nuestra misma eficacia, nuestro mismo amor á esta lei sacrosanta, nos hace mas y mas sabios en Dios, mas y mas hábiles para conocer las astucias de nuestros enemigos, mas y mas fuertes y poderosos para vencer la impetuosa furia de nuestras pasiones. El Profeta Rei, en uno de sus salmos (118), nos da sobre este punto una elocuente demostracion. Muéstrase amante continuo de la lei de Dios, y para estimularnos á nosotros con este ejemplo, narra los maravillosos efectos que este amor y estudio de la lei divina produjo en su alma. ¿De qué manera, ¡oh Señor! he amado vuestra santa lei!, exclama. “Esta es, dice, mi “meditacion continua en todo el discurso del dia.” Ved, aquí, amados hijos, en primer lugar, cuál debe ser nuestro amor á la doctrina de Jesucristo: no un sentimiento pasajero, no un placer instantáneo, sino una atencion sostenida, una meditacion constante, como os lo acabo de decir. ¿Y cuáles deben ser los resultados infalibles de esta conducta? Escuchad aún á David. “Me habéis hecho, dice di- “rigiéndose al Señor, prudente contra mis enemigos: mi razon é in- “teligencia se han elevado sobre mis maestros: he comprendido mas “que los ancianos por mi solícitud en guardar tus mandamientos.” Es decir, amados hijos, que los preciosos frutos de la doctrina evangélica, bien meditada y guardada, consisten: primeramente en un poder irresistible que se nos otorga contra nuestros enemigos: *super inimicos meos prudentem me fecisti*; en segundo lugar, en una ilustracion de inteligencia que nos eleva sobre nuestros mismos maestros: *super omnes docentes me intellexi*; en tercer lugar, en una madurez de razon y fondo de doctrina que suple con ventaja el saber y la experiencia de los ancianos: *super senes intellexi*. Ahora bien: los enemigos representan el conjunto de los obstáculos que se opo-

nen á nuestra eterna salud, ya oscureciendo nuestra razon, ya tentado nuestra fe, ya solicitando con los deleites nuestra carne, ya desencadenando contra la virtud toda la fuerza de las pasiones: los maestros representan los tesoros y el poder de la ciencia, y por último, los ancianos la copia de noticias, la suma de la prudencia, la experiencia que nos hace entendidos y cautos. Si pues, segun el testimonio del Profeta Rei, la doctrina escuchada, no solo con fe y con esperanza, sino tambien con amor, guardada con fidelidad, meditada constantemente con solícitud, practicada en la conducta, nos hace superiores á nuestros enemigos, á nuestros maestros y á los ancianos, ¿qué mas se necesita para que comprendáis, amados hijos, sobre la irrecusable autoridad de David, que la mas alta perfeccion y el mas encumbrado poder son los frutos que debéis esperar de unas disposiciones tan felices? Por esto nuestro Señor Jesucristo, despues de presentar y explicar los tres casos desgraciados de la semilla que cayó fuera del camino, la que cayó entre piedras y la que cayó entre espinas, dice, aludiendo á la última, esto es, á la que cayó en buena tierra, que prendió allí, dando al sembrador por cosecha el ciento por uno de lo sembrado.

13. ¿Y qué se necesita para obtener unos resultados tan plausibles en el santo aprendizaje de la doctrina evangélica? ¿Es acaso este provecho una reserva propia de las grandes capacidades y talentos distinguidos? No por cierto: es la de los sencillos y pequeños, la de aquellos que buscan en la humildad el principio de las virtudes, que se niegan á sí mismos y se muestran constantemente dóciles á la palabra celestial que los ilustra y que los salva.

14. “En las escuelas de los hombres cada discípulo necesita contar primero con sus talentos, discurrir acerca de sus aptitudes y tambien tener á la vista los talentos y las aptitudes del maestro, para venir, y no sin mucho trabajo, á conjeturar mui remotamente los conocimientos que habrá de adquirir y los adelantos que haya de hacer. Mas no sucede lo mismo en la escuela de Jesucristo, las cosas acá se gobiernan de otra manera: los talentos del orador y los talentos del auditorio, si bien se estiman como dones gratuitos, nunca figuran, como unas condiciones indispensables, ó como bases primeras del edificio de la sabiduría. Es decir, católicos, que respecto

de mí no debéis preguntar si tengo talento, sino investigar si tengo mision, si en efecto soi sacerdote, si he sido enviado de parte de Jesucristo á predicaros el Evangelio. ¡Desdichados de vosotros y de mí tambien, amados hijos, si los frutos de la palabra santa estuviesen vinculados en los talentos del predicador! ¡Qué incertidumbre entonces! ¡qué confusion! ¡qué tinieblas! No debéis preguntar, si me he hecho notable en las juntas de los sabios por la penetracion y el ingenio, por los hechizos de la imaginacion, por el prodigio de la memoria y por la fuerza de la elocuencia; sino ántes bien, si prescindiendo enteramente de mí mismo, me ocupo solo en los intereses de vuestra eterna salud, si amo á Dios, y en él os amo á vosotros. “Ama, decia San Agustin, y haz lo que quieras.” Bien os entenderia á cualquiera de vosotros, que me dijese: no puedo ayunar, no puedo vender cuanto tengo y darlo á los pobres; pero yo le responderia con San Gerónimo: “¡y no podéis amar!” ¡Ah, hermanos míos! podéis y mucho amar á Dios y amar á vuestro prójimo; y esto bastará, no lo dudéis, sin necesidad de los talentos y de las otras cualidades semejantes, para que la palabra de luz y de vida, descendiendo á vosotros, caiga como la semilla robusta en una tierra dócil y fecunda, y germinando allí, brote y crezca, y multiplique sin fin en pro de vuestra eterna felicidad sus frutos de salud y bendicion. Esto bastará tambien, tenedlo por seguro, para que me veais inesperadamente trasformado en medio de vosotros de tinieblas en luz, de ignorancia en sabiduría, de debilidad en poder, y por último, para que me encontréis y sintáis mui elocuente contra todas las previsiones y todos los cálculos puramente humanos: porque tened presente, que la palabra es de Dios, el ministerio es de Dios, el designio es de Dios, y Dios es la sabiduría y el poder por esencia. ¡Qué importan pues mis talentos y mi poco saber, cuando lo que yo os conduzco por mis lábios ha venido del cielo, y cuando Dios ha mandado expresamente que yo venga á salvaros con la predicacion de su doctrina!”

15. “¡Cuántos motivos de confianza en el Señor, amados hijos, en el Señor que da gloria á su nombre multiplicando los adoradores en espíritu y en verdad, que hace crecer este número prodigiosamente con la diffusion liberalísima de su palabra, de esta palabra viva, fe-

cunda, eficaz, como dice el Apóstol San Pablo, y que la extiende y difunde sin otra condicion que la docilidad y el conocimiento íntimo de nuestras tinieblas, y que demasiado zeloso de que la razon humana vaya á atribuirse su poder, quiso y anunció desde un principio que las altas revelaciones de su doctrina, léjos de caer bajo el dominio presuntuoso de los grandes, fuesen el exclusivo patrimonio de los sencillos y pequeños! ¡Quién no hallará razon para tenerse por tal en la presencia de Dios! ¡quién de vosotros, hermanos carísimos, de todos los que existen y de cuantos han de venir despues á la vida, no tendrá á disposicion suya este requisito que pide Jesucristo Nuestro Señor, para comunicar su sabiduría con la palabra de sus ministros!”

16. Os he hablado, amados hijos, de los obstáculos que se oponen al fruto de la divina palabra, y de los medios para vencerles, que se reducen á escucharla con las disposiciones debidas. Mas como el provecho de la enseñanza depende tambien en gran parte del orden y método que en ella se siga, he querido hablaros tambien aquí de los medios mas adecuados y eficaces, despues de las santas disposiciones del espíritu, para que saquemos, vosotros un gran provecho, y yo un abundante fruto de mi predicacion. Tal es el objeto de la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

17. “Estos medios miran todos al método, y el método, como bien sabéis, es el sabio concierto, el orden en todo lo que pensamos y todo lo que hacemos. El orden, hermanos, es hijo de Dios: considerad su esencia, contemplad sus atributos, examinad sus obras: donde quiera sorprenderéis la armonía, donde quiera veréis brillar el orden, constantemente iréis descubriendo nuevos motivos de admirar esa concordia maravillosa con que las partes de cada objeto están distribuidas para componer un todo perfecto, sometiendo todas las cosas á la lei de la unidad, á esta lei que pone un sello divino sobre todas las cosas que han salido de sus manos. Yo quiero pues, que vosotros pongáis en práctica, cuanto es dado á vuestra respectiva capacidad, esta discrecion de pensamientos, este orden,

este concierto precioso, que debe hacer mas abundantes y perfectos los frutos de vuestra constante aplicacion.

18. Pues que voi á enseñaros, supongo que no conocéis, á lo ménos con la extension, claridad y perfeccion debidas, los oráculos sublimes de la fe, las promesas divinas de la esperanza y las condiciones celestiales de la caridad. Maestro de vosotros en Jesucristo, voi á conducirlos pues á lo desconocido; pero ministro suyo, debo acomodarme en todo al pensamiento, al plan de regeneracion intelectual y moral que vino á producir en la tierra, trayendo acá su gracia, no para que la naturaleza humana durmiera el sueño de la pereza, ni para que la vida del hombre corriese en la inaccion de todas sus facultades, sino para ayudar á la primera y dirigir la segunda, á fin de que el hombre ganara la perfeccion y la felicidad eterna con el sudor de su rostro. Yo bien sé que á nuestro Creador y Salvador, al Dueño de la naturaleza y Arbitro de la gracia bastaria un simple querer para transformar al hombre y producir en él instantaneamente su felicidad; yo bien sé, que dirigiéndose acá en la tierra nuestros pensamientos y nuestras obras á pagar por medio de la expiacion la inmensa deuda del pecado, rescatando nuestra inocencia por medio de una penitencia sincera, bastaria que Dios lo mandase, para que quedáramos libres de trabajar por nosotros mismos: bien sé, que el sacrificio del Salvador del mundo, lo hizo todo, y que para redimirnos de la pena eterna nos bastarian los méritos de Jesucristo; pero sé tambien, que Jesucristo, ganando con su muerte nuestra libertad, estableció un reino que habia de gobernar por las leyes de su voluntad soberana, que nos puso condiciones para medrar con su gracia y utilizar sus tesoros, que sometió la naturaleza á la lei de un continuo trabajo; la razon á la fe, pero sin descargarla del deber de cultivarse; el pensamiento humano al pensamiento divino, pero sin proscribir la accion de las causas segundas: que pudo relevarnos de merecer por el ejercicio de nuestras virtudes y por las continuas victorias sobre nuestras pasiones; pero que lo dispuso de otra manera, y para servirme de las palabras de nuestro manual catecismo, os diré, que los méritos de Jesucristo nuestro Señor bien nos bastarian, pero no exclusivamente, porque el mismo Salvador del mundo quiere que satisfagamos con él nosotros. Si pues he de lle-

varos á lo desconocido por medio de la predicacion de la doctrina cristiana; si á fin de conseguirlo debo concertarme con Dios en su plan de sabiduría; si en este plan entra el desarrollo franco y ordenado de los elementos de la naturaleza; si este desarrollo supone un punto de donde partir y por tanto un punto conocido, claro es, hermanos míos, que mis instrucciones han de seguir fielmente á la misma naturaleza, y yo caminar de lo que mejor conocéis á lo que mas vehementemente deseáis por un sendero que acaso tiene algunas tinieblas para vosotros.

19. Lo que mejor conocéis es ese precioso libro que manejáis desde los primeros dias de vuestra infancia católica, lo que mas íntimamente deseáis es esa felicidad eterna para la que habéis sido creados: entre estos dos puntos está el sendero de la vida cristiana, el grande objeto de vuestra continua solicitud, la fecunda materia que Dios ha colocado bajo la influencia sublime del sacerdocio. En este dilatado camino podéis hacer la última pérdida, si desgraciadamente os extraviáis ú os detenéis: se extravía el que se divaga á otros senderos; se detiene quien corta sus pasos para quedarse en la tierra. La falta de luz ocasiona el extravío; la falta de vigor espiritual causa ese detenimiento penoso que podriamos llamar la triste parálisis de la virtud. Contra este doble escollo hai un doble y eficazísimo poder, que sirve á su turno para prevenir ó reparar el extravío y la paralización: el poder de la luz que nos dirige, y el poder de la gracia que nos sostiene. Hé aquí, vuelvo á decir, cómo el cultivo de la doctrina cristiana, de donde fluyen ambas cosas, debe conducir á su perfeccion la grande obra, guiando vuestro entendimiento y vuestra voluntad de lo mas conocido á lo desconocido, del conocimiento general de vuestro catecismo y el gran deseo de vuestro fin, al exacto conocimiento de la doctrina cristiana, que cuando llega á ser una instruccion práctica, es lo que llamamos palabra de Dios entendida y observada: es todo por lo mismo, pues con esto solo se han llenado las condiciones eternas de nuestro destino, siendo claro, infalible y de fe, que la felicidad eterna está reservada para los que entienden y guardan la palabra de Dios, como desde el principio tuve cuidado de advertir.

20. No os propongo pues, ya lo véis, esas gravísimas y penosas

dificultades con que los sabios de este mundo intimidan el talento y alarman la razon en sus escuelas: os propongo una cosa bien sencilla, estudiar con meditacion y esmero vuestro manual catecismo, como un libro donde están contenidos íntegramente los preciosos elementos de todo el saber cristiano, y atender con la mayor solicitud á la santa predicacion que voi á haceros, en el concepto de que pienso sujetarme al mismo catecismo. Todas las grandes nociones que deben aguardarse de la predicacion acerca de los dogmas, de los preceptos y de la moral serán para vosotros lo mas fácil y sencillo, si yo las desenvuelvo sobre el texto de ese libro, tan pequeño en su volúmen como inmenso en su comprension.

21. Yo, como vosotros, le tengo y estudio desde mi infancia; medito diariamente en él, y á deciros la verdad, le poseo como un tesoro. Puedo aseguraros, que este libro ha sido para mí un gran maestro, y que nunca he ocurrido á su texto sin descubrir nuevos espacios, sin hallar nuevas instrucciones, sin descender con mi entendimiento á mayor profundidad. Esta es mi constante lectura; este es mi amado libro. ¿Cuál será pues mi deseo respecto de vosotros, sino que le estudiéis como yo le estudio, le respetéis como yo le respeto, y le améis como yo le amo?

22. Grande es; oh católicos! inmensa la ciencia del verdadero sacerdote, fecunda y sublime, cuanto mas no cabe, la doctrina que corre bajo su pluma, ó sale de sus lábios, infinita la luz que sale de cada página de la Santa Escritura, vivísimo el reflejo que de ella dan sobre el mundo con sus escritos y lecciones los apologistas y los doctores del cristianismo. Pero en esta ciencia hai sus grados, como en el precepto de saberla sus limitaciones relativas al estado y destino de cada hombre. A vosotros os toca saber y entender vuestro catecismo; á mí me basta poderósle explicar. Siento en mí la escasez de conocimientos de cierta gerarquía; pero no los desearé, católicos, sino cuando Dios me los haga necesarios para otro ministerio. Dejo pues allá en las regiones mas elevadas proseguir su magestuoso y sublime vuelo á las primeras antorchas de nuestra Santa Iglesia, y me contento mucho con poseer la doctrina de este catecismo en el grado que se requiere para su edificante explicacion.

23. Quede pues entendido entre vosotros, que el primero de los

medios para asistir con aprovechamiento á estas santas instrucciones, es el estudio constante y esmerado de nuestro manual catecismo, y la atencion cuidadosa, sostenida y siempre fija en la explicacion que de él se os haga.

24. El segundo medio es metodizar en el seno de vuestras familias tan importante estudio, desempeñándome en vuestras casas con el egercicio de ese magisterio doméstico que honra tanto á la religion. ¡Oh padres de familia! este carácter os da en el mundo una representacion divina. Llamados como sois á vuestro turno á la mision augusta de conservar la fe, afirmar la esperanza y celar incessantemente la caridad en ese pequeño mundo que la Providencia ha puesto bajo vuestro inmediato gobierno, sois en cierto modo los subalternos del sacerdocio en la grande obra de la santidad, unos ministros de la religion en el gobierno de vuestras familias, los magistrados católicos en el recinto de vuestras casas. Y vosotros, á quienes la naturaleza y la religion han colocado bajo el poder tutelar y dulce de la paternidad, vosotros ¡oh jóvenes! que sois llamados para obedecer, y ser felices, y vivir muchos años sobre la tierra, (*Exod. cap. XX, v. 12.*) nunca olvidéis que tendréis una gran parte en la obra santa de vuestra felicidad propia y la de todos los otros á quienes debéis amar como á vosotros mismos, si sois dóciles y atentos á la voz de vuestros padres, maestros y superiores. Estudiad con esmerada solicitud este libro; asistid con el empeño mayor á las piadosas distribuciones que se fijen en medio de vuestras familias para su enseñanza. Esta enseñanza os brinda con el mayor bien. Vuestro cuerpo está subordinado á vuestra alma, y por vuestra alma sois todos entendimiento y voluntad: doctrinas y máximas, verdades y virtudes; hé aquí todo el hombre segun Dios: un hombre segun Dios; hé aquí al ser mas dichoso y grande que puede presentar la tierra. ¡Queréis ser grandes, deseáis ser felices! Aprended vuestro manual catecismo. ¡Queréis hacer bien este importante aprendizaje! No os limitéis nunca al solo mecanismo de la memoria, porque este mismo catecismo os enseña que cada uno de vosotros está rigurosamente obligado á *saber y entender todo esto*, siendo claro que *no podemos cumplir sin entenderlo*.

25. La inteligencia pues de esta doctrina se ayuda con la gracia,

pero se consuma por la naturaleza, y la naturaleza está encerrada en el ejercicio de vuestra razon y la razon de vuestros padres; porque ni ellos podrán conseguir nada, si no cuentan con vosotros, ni vosotros por cierto adelantaráis cosa considerable si no contáis con ellos. Por mui felices que sean las disposiciones que os haya concedido el Señor, por mui despierta que esté vuestra razon, y claro que sea vuestro talento, necesitáis de maestro. ¡Tendréis mas razon, mas experiencia y mas talento que el mundo! Pues habéis de saber, oh jóvenes, que el mundo estaba en las tinieblas, y no pudo por sí saber la doctrina: hubo menester de uno que se la enseñase: Jesucristo bajó del cielo á ejercer este nuevo cargo á fin de preparar los hombres á la redencion, y por esto sus oficios mas principales, como dice nuestro libro, fueron los de *Salvador y Maestro*, y regeneró al mundo con las doctrinas. ¡Y qué doctrina enseñó! La misma que vosotros estáis aprendiendo, la doctrina cristiana. Su- biendo al cielo, dejó en la tierra quien enseñara en su nombre, una maestra para todo el mundo; esta maestra es la Iglesia: maestros para toda la Iglesia, para reinos, naciones, provincias, diócesis, parroquias, aldeas y simples familias; es decir: los sumos pontífices, los patriarcas, primados, arzobispos, obispos, curas, simples sacerdotes, maestros particulares y padres de familia. Ved pues en ellos á vuestros maestros, y estad seguros que correspondiendo á sus instrucciones, prestándoos á su voz, seréis sabios y tambien felices. Réstame tan solo, hermanos é hijos carísimos, deciros la parte que yo me propongo tomar en estos medios, hablaros del orden que pienso seguir en estas santas instrucciones.

26. No sé cuánto ganaria ó cuánto perderia el método considerado independientemente de vosotros, si yo prescindiese del camino que nos traza nuestro manual catecismo; pero sí sé, que todo seria perder, si cayera en la tentacion peligrosísima de adoptar un plan enteramente nuevo. Vuestro catecismo, hermanos mios, referido á vuestra razon, es infinitamente mas de lo que á primera vista aparece considerado en sí mismo. Dado que hubiese otro mejor por su método, pues no puede haberle mejor por su doctrina, nunca debería substituirse, y os voi á decir luego por qué. Este manual catecismo que todos tenemos, no es el libro de una sola familia, de un

solo pueblo, de una sola generacion: es el libro de muchas naciones, de cuantas hablan nuestro propio idioma; ha sido el de muchas generaciones, de cuantas contamos en la cadena dilatadísima que corre hasta nosotros desde su primera publicacion: él representa, hijos mios, la ciencia comun de nuestros pueblos en materia de doctrina: su contenido forma ya una parte de nuestros hábitos intelectuales: su idioma está puesto al nivel de lo que nos es mas familiar: sus ideas corren á la par en la misma distancia que las que tenemos acerca de las necesidades mas ordinarias de la vida. ¡Qué empresa tan difícil, pues, la de cambiar el texto! ¡Qué ventajas podrian compensar la penosa violencia de tantos hábitos! ¡Con qué reemplazaríamos esa incontrastable firmeza con que se radican en el alma las ideas que reposan sobre los hábitos intelectuales de algunos siglos! No: mis instrucciones irán fundadas sobre vuestro libro, y esta es la primera condicion de mi plan. ¹

27. Mas aunque me servirá de texto nuestro catecismo, no por esto le seguiré tan absoluta y exclusivamente, que deje de suplir algunas nociones en ciertos casos, y de colocar en un orden mas conveniente sus declaraciones. El método rigurosamente catequístico es, digámoslo así, la progresion de una duda metódica, para facilitar mas el aprendizaje de la doctrina; pero el de una serie ordenada de instrucciones es la progresion de verdades explicadas, lo cual exige á veces seguir un orden inverso. Yo pienso acomodarme hasta donde sea posible á este texto; pero me propongo así mismo hacer, en obsequio de la integridad de mi plan y de la distribucion de la materia, las variaciones necesarias, pero de modo que no perdáis vosotros, ni yo tampoco, las ventajas que nos proporciona el conocido texto de nuestro catecismo.

28. Comenzaré pues por explicaros los puntos contenidos en su primera declaracion; pero haciendo preceder ciertas nociones acerca de la naturaleza del hombre, de su causa, de su destino y de su último fin, para que se comprenda mejor todo lo que es el hombre en calidad de cristiano.

¹ Todo lo que se ha colocado entre comillas sin una cita especial en esta carta, lo he tomado de mi primera Plática doctrinal sobre la importancia de la predicacion catequística, disposiciones con que debe asistirse á ella, y medios para oirla con aprovechamiento.

29. Concluidos estos preliminares, que os habrán dado las ideas que caben en esta clase de instrucciones sobre nuestro ser, la espiritualidad é inmortalidad de nuestra alma, la existencia de Dios, sus relaciones con nosotros como Creador, Legislador y último fin del hombre; sobre la perfección de nuestra primitiva naturaleza, su decadencia y corrupción por el pecado, su restauración en Jesucristo como Salvador y Maestro; sobre la doctrina que enseñó y mandó predicar á toda creatura, y cuyo conocimiento y práctica son indispensables para conseguir nuestro último fin, ya podré sin inconveniente alguno, hijos carísimos, entrar en los pormenores de ese gran conjunto que constituye el fondo de la doctrina.

30. La división mas comun, mas generalmente sabida, y la que enseña el mismo catecismo del Padre Ripalda, consta de cuatro partes ó miembros, que son: las verdades que debemos creer, los preceptos que debemos guardar, los sacramentos que debemos recibir, y las reglas de la oración y demas puntos que demandan la permanencia de nuestra union con Dios en la tierra. Yo seguiré la misma pauta, dividiendo mi exposicion en cuatro series correspondientes á las cuatro partes indicadas.

31. Nuestro manual catecismo abraza en dos de sus declaraciones, que son la del Credo y la de los Artículos de la fe, toda la parte dogmática. Pero si el Credo es el símbolo católico, y éste no es mas que un resumen sucinto de los artículos de la fe, ¿cómo es que aquel sabio catequista introdujo una distincion entre el credo y los artículos, y aun destinó á cada cosa una declaracion separada? Porque hai en este punto, como en todo, una doctrina comun á todos los artículos de la fe y una especial para cada uno de ellos, y el Padre Ripalda, partiendo de aquí, declaró primeramente el origen del símbolo, su objeto, el por qué de su repeticion por los fieles, la certidumbre de los dogmas revelados y la necesidad de creerles, como puntos que deben tenerse ya muy sabidos ántes de considerar particularmente cada dogma, y que se refieren tambien á cada artículo de la fe considerado con separacion. Despues de esto viene bien la enseñanza especial de cada una de las partes de nuestro símbolo católico.

32. El mismo camino seguiré yo, amados hijos, pero dando ma-

yor extension á los preliminares del símbolo, por los motivos que ya dije hablando de la primera declaracion del catecismo. Para que vosotros no seáis presa del sofisma, la impostura y la seducción, conviene mucho que conozcáis la fe, no solo en su modo de ser y en sus objetos intrínsecos, sino tambien en sus relaciones con la ciencia y la razón: es necesario daros una idea de la naturaleza, existencia, objetos, garantías y especies de la verdad; mostrar lo que es la razón para la fe y viceversa, lo que es la verdad en sus relaciones con la lei; la necesidad, posibilidad, existencia y objetos de la revelacion, y la certidumbre de los motivos que fundan en la evidencia extrínseca la plena seguridad y razon de nuestro asenso á los dogmas católicos: es preciso hablaros despues, de la naturaleza de la fe, su necesidad, la obligacion que produce, el merecimiento que comunica, la autoridad que la deposita, conserva, extiende, explica y defiende de todo ataque; y por último, echar una ojeada rápida sobre todos los dogmas, para estudiar las relaciones que tienen, ya unos con otros, ya todos con el pensamiento de Dios, el origen, vicisitudes y destinos de la humanidad. Con estos antecedentes, os habré dado suficiente luz para estudiar uno por uno los artículos de la fe, que explicaré inmediatamente, segun el órden con que los presenta nuestro Símbolo.

33. En la segunda serie debo hablaros de los preceptos de Dios y de la Iglesia; mas como en esto sucede lo mismo que con el símbolo, conviene á saber: hai puntos generales cuyo conocimiento precede al de cada uno de los preceptos dichos, yo procuraré daros á este propósito los antecedentes indispensables. Antes pues de proceder á la exposicion de los preceptos, procuraré haceros entender cómo ellos son y deben ser necesariamente la consecuencia práctica de nuestra fe; cómo ésta prepara los caminos por donde ha de andar la lei de Dios en en el corazon de la humanidad, y cómo en el cumplimiento de aquellos están cifradas nada ménos que la plenitud, la consumacion y la vida celestial de nuestra fe. El hombre todo, tratándose de su excelencia y de su fin, viene á reconcentrarse en su alma: correrá por lo mismo la suerte de su alma: será perfecto, si su alma es perfecta; será feliz, si su alma es feliz. Ahora bien, el alma es toda entendimiento y voluntad; y ésta necesita de aquel, por-

que no abraza ó desecha sino lo que conoce. El entendimiento representa la luz, la voluntad representa el camino que conduce á la vida; la luz es la verdad, el camino es la conducta, la vida es la bienaventuranza. El entendimiento, cuando cuenta con la fe, vive con la luz y la verdad; la voluntad, cuando anda con la lei de Dios, adquiere la virtud y sigue siempre el verdadero camino; el hombre que anda segun la fe y segun la lei de Dios, gana la vida eterna, que es una consecuencia práctica de los principios y de la conducta; y como Jesucristo es *la verdad, el camino y la vida*, el símbolo y los preceptos son los estrechísimos y eternos lazos que nos han de unir con Jesucristo. Hé aquí, hermanos míos, las ideas con que debo introducirme á la segunda serie de mis pláticas, á fin de que tengáis una idea mas perfecta de la lei de Dios y de su Iglesia. Despues de esto seguiré por su orden los mandamientos divinos y eclesiásticos, acomodándome al texto de nuestro catecismo. Mas como en éste hai una declaracion de las Obras de misericordia, las cuales tienen con la lei relaciones mas íntimas que lo que se supone, pues obligan de justicia, como dice nuestro catecismo, en necesidad grave, será muy conveniente concluir mi exposicion de los preceptos con un breve repaso de dicha declaracion, á fin de suplir lo que no se haya dicho en materia de obligacion, ó cuando ménos, recordar lo dicho para establecer las diferencias entre lo preceptivo y consultivo acerca de las Obras de misericordia.

34. De la exposicion de los preceptos debo pasar á la de los sacramentos, y como éstos son los medios instituidos por Jesucristo nuestro Señor para difundir la gracia en toda la extension y con toda la plenitud correspondiente al designio que le trajo á la tierra, yo debo prevenir esta importante explicacion con el desarrollo de una grande verdad, conviene á saber: que todo el poder de la naturaleza sin el socorro de la gracia no es nada ciertamente ni para conseguir nuestra perfeccion moral, ni para llegar á poseer nuestro último fin: y viceversa, que la adquisicion, conservacion é incremento de la gracia nos comunica cierta especie de omnipotencia moral, esto es, todo cuanto se necesita para practicar la virtud y conquistar el cielo. Como la gracia toca igualmente al dogma y á la moral, haré un recuerdo de lo que haya dicho en la primera parte acerca de la gracia,

ó expondré toda la doctrina de ella si al hablar de los dogmas la hubiese pasado en silencio. Una vez conocidas la existencia, la naturaleza, la necesidad, y la fuerza poderosa de la gracia, tendréis la instruccion competente para escuchar con mayor provecho la doctrina de los santos sacramentos, á la cual seguirá la de los sacramentales ó medios de purificacion para las culpas leves.

35. La cuarta serie podia reducirse á dar una idea de la necesidad preceptiva ó consultiva, caractéres propios, condiciones precisas y efectos de la oracion, y á exponer la divina fórmula de ella que nos enseñó Jesucristo y conocemos con el nombre de *Padre nuestro*. Sin embargo, yo me propongo dar mayor amplitud á esta serie, comprendiendo en ella la exposicion de todas las reglas prácticas de la vida espiritual, ó sea el arte de la perfeccion cristiana. Mi punto de partida deberá ser enteramente análogo al gran principio con que me introduje á la exposicion de toda la doctrina cristiana: si allí comenzámos por el último fin del hombre, aquí comenzaremos por las bienaventuranzas, que son el fin puesto en accion, ya en su parte final, ya en el sistema de sus medios. Esas bienaventuranzas van acompañando á una idea comun, que es la promesa de la vida eterna, los caractéres diversos de perfeccion y santidad durante el curso de la vida. Estudiando estos diversos caractéres, se ve que no son mas que la caridad en accion, lo cual basta para comprender que la esencia de la perfeccion cristiana consiste toda y sola en la caridad; que de ella se animan, y en ella se forman, y con ella crecen, y fructifican, y se ameritan las virtudes todas; porque sin ella nada existe aceptable para Dios ni digno del hombre. Luego debemos referir á esta perfeccion todo lo que somos, esto es: nuestra naturaleza, y en consecuencia, cuerpo y alma, sentidos y potencias, pensamientos, acciones y palabras. Este será el lugar propio para tratar de las potencias del alma, de los sentidos del cuerpo, de las virtudes así teologales como cardinales, examinar cuáles son los obstáculos que impiden la perfeccion, los medios de vencer estos obstáculos, el camino que debe seguirse y la vida que debe llevarse, para ser perfecto como Dios es perfecto, ser santo como Dios es santo, y pasar por la vida presente sin declinar á diestra ni á izquierda del sendero único que conduce á los cielos. El medio principal, ya para triun-

far de nuestros enemigos, ya para inclinar en favor nuestro la bondad y la misericordia divina, ya para sostenemos en la práctica de la virtud y conseguir el don de la perseverancia, consiste sin duda en la oración: ella por lo mismo debe figurar en alta escala tratándose de nuestra perfeccion espiritual; y como para conseguirla se nos comunican los dones del Espíritu Santo, y quien la alcanza y aprovecha, prueba sus deliciosos frutos, en esta cuarta serie van á tener lugar sin faltar una sola, todas las otras declaraciones de nuestro manual catecismo.

36. He concluido amados hijos esta carta que, lleno de solicitud por vosotros, os dirijo, con el objeto de anunciaros mis nuevas instrucciones pastorales sobre la doctrina cristiana. He tocado en ellas dos puntos del mas grande interes: las disposiciones de espíritu con que debéis presentaros á la casa de Dios, cuando se os explican estas verdades católicas, para entenderlas, meditarlas y sujetar á ellas vuestra conducta; y el orden y método que me propongo seguir en esta santa y delicada tarea. No resta ya sino que, reuniendo en un punto de vuestra alma tan preciosos documentos y guardando con cuidado en vuestra memoria estos antecedentes, os preparéis mas y mas para una obra tan santa. Dios nuestro Señor, de quien viene todo don perfecto, se digne, por su infinita bondad, comunicárnosla en abundancia, para que yo tenga la luz y la uncion que hace fructificar en el alma la divina palabra por parte del que la enseña, y vosotros tengáis la inteligencia, la fe, la solicitud y el amor que se requieren para escucharla con aprovechamiento, y para obrar segun ella, practicando la virtud en esta vida, y preparando por este medio á vuestras frentes las futuras é inmarcesibles coronas de la eternidad. México Julio 12 de 1858.

Clemente de Jesus

Obispo de Michoacan.

EXPLICACION PASTORAL

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA

DISTRIBUIDA

EN VARIAS INSTRUCCIONES.

PRELIMINARES

INSTRUCCIONES SOBRE LA NATURALEZA DEL HOMBRE,
EL NOMBRE, CARACTER Y OBLIGACIONES DEL CRISTIANO, EL PRIMER
PRINCIPIO Y ULTIMO FIN DEL HOMBRE, LOS MEDIOS DE ALCANZARLE Y LA NECESIDAD E IMPOR-
TANCIA DE LA DOCTRINA CRISTIANA.

INSTRUCCION PRIMERA.

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL HOMBRE.